

EL VETERANO

José Güich Rodríguez

José Güich Rodríguez, escritor peruano que ha incursionado repetidas veces en el género fantástico y de ciencia ficción con afortunados resultados, aborda en este relato un tema apasionante y polémico para nosotros y lo conjuga brillantemente con la vertiente ucronica de la C-F.

Güich ha escrito para varias revistas como *Lienzo*, *Punto de Equilibrio* y *Umbral*, también ha publicado una brillante antología de relatos *El mascarón de proa*, que no dudamos en recomendar. *El Veterano* es parte de *El mascarón de proa* y lo reproducimos con el permiso del autor.



EL VETERANO

A la memoria de Ricardo Falla Negrete

Pablo Teruel sostenía opiniones firmes: “no vale la pena satisfacer los caprichos de aquel viejo”. A sus treinta años -bien cumplidos, según él-, los asuntos concernientes al antediluviano conflicto solían hastiarlo soberanamente. Demasiadas historias sobre aquella guerra habían alimentado los días de su infancia, relatadas casi siempre por su abuelo, quien participó en la Defensa de Lima. Pacifista convicto y confeso, vinculado incluso con un grupo de anarquistas, Teruel era conocido entre sus amigos y adversarios por su constante desmitificación de los acontecimientos que llevaron al país a un holocausto sin atenuantes.

-Hablen de Arica, de Angamos y de todo lo que quieran...esgriman los argumentos que les dé la gana... llevamos el signo de la derrota sobre la frente. El nuestro es hoy, en pleno 1930, un país tan desarticulado como ese del 79. Se hará una costumbre erigirle un monumento a cuanto perdedor salga a la palestra de aquí en adelante -decía Teruel, en los puntos álgidos de la polémica-. Quienes vencieron en esa guerra no fueron mejores o peores que los romanos, los turcos o los incas. Tampoco los derrotados. Lean historia. Sus leyes son inexorables. Habríamos hecho lo mismo de invertirse los roles. Basta de demagogia. Miren al futuro.

Esa actitud progresista, de ciudadano del mundo, le había granjeado no pocos enemigos acérrimos entre los círculos nacionalistas que promovían la revancha. Varias tertulias, en las cuales Pablo Teruel se desempeñaba como conspicuo animador, terminaron en violentas grescas por causa del ardor con que ambos grupos defendían sus principios. El Tratado del 29, que zanjaba medio siglo de marchas y contramarchas, aún mostraba la tinta fresca. Por todos los antecedentes conocidos, él se había resistido a efectuar esa comisión vespertina. Barandiarán, el jefe de redacción, tenía un enfoque diferente.

-Eres el indicado, Pablo. Basta de engreimientos. Sé que no le harás una entrevista sentimental ni complaciente al hombre. Quiero un testimonio humano, auténtico, como lo exige el periodismo de hoy. No quisiera decir más, pero esto es un encargo de los directores. *Entre nous...* ordenaron que fueras tú a visitarlo. Parece que el viejo soldado es un entrañable amigo de la familia. La publicaremos el próximo 7, cincuenta años después de la batalla. Es lo que todo el mundo quiere leer...y acaba con esa cara de fastidio. Quispe tomará las fotos, pero llegará un poco tarde; tiene una comisión en Palacio. Cuando regreses, búscame para saber cómo salió todo. Aquí está la dirección.

Teruel ya había agotado su arsenal de excusas. Refunfuñando, recogió saco y sombrero, que pendían de un perchero ubicado cerca de su escritorio. Calculó que una media hora sería suficiente para sacarle el jugo al vejestorio. A las seis proyectaban cortos de Buster Keaton en el Excelsior; no se los perdería por nada del mundo. La venganza contra Barandiarán ya era un hecho consumado: no aparecería por la redacción hasta el día siguiente.

Según la hoja entregada por su jefe, el militar vivía a mediana distancia del diario, en la calle denominada “Del Panteoncito”. Resultaba uno de los nombres que mayor hilaridad suscitaba en Teruel. De acuerdo con las explicaciones de sus mayores, muy cerca de ese lugar, en los días de la fundación española, existió alguna vez una suerte de cementerio indígena.

“Vaya coincidencia. No hay mejor denominación para el lugar donde habita este viejo impertinente”, se dijo a sí mismo. Trató de dilatar todo lo que pudo la llegada al lugar de la cita, distrayéndose con los sobrios escaparates del Jirón de la Unión. Pero lo cierto es que a las cinco en punto de la tarde tocó la puerta del piso donde residía el militar. Lo recibió una atractiva joven de aproximadamente dieciocho años. La muchacha, quien guardó, solícita, el sombrero del periodista, procedió a guiarlo desde esa suerte de antesala hasta un salón de regulares dimensiones. Cuando Teruel ingresó a ese ambiente, el anciano se encontraba distraído, examinando un atlas. Infirió sin mucho esfuerzo que entre la jovencita y el anciano existía un lazo de parentesco.

-El señor del periódico ya llegó, abuelo -dijo la muchacha.

Teruel se acercó, ceremonial y respetuoso. Si aquel era un encargo de los dueños, debería ser muy cuidadoso con las formas. El anciano, al principio, pestañeó en repetidas ocasiones. Unas gafas muy discretas, de montura redonda, así como una bien recortada y nívea barba al estilo antiguo, le conferían una majestad patriarcal. El periodista observó que el antiguo combatiente caminaba algo encorvado; sin embargo, ese detalle no era impedimento para inferir que, en su juventud, había sido un hombre de buen porte. Lo había imaginado de distinta naturaleza, quizás más arrogante y caprichoso. En su lugar, encontró un personaje sereno, quizás algo desconfiado con los extraños, pero muy cortés. El anciano le extendió la mano con efusividad.

-Bienvenido, señor Teruel. Hace unos días saludé a Arturo en un agasajo. Él me habló de sus talentos. Leo sus artículos y confieso que me hacen pasar muy buenos ratos. En muchos aspectos, estoy de acuerdo con su posición. Mi viejo amigo dijo que usted se haría cargo de nuestro asunto. En verdad, lo celebro.

Teruel agradeció los cumplidos, algo desconcertado. Sus trabajos no eran precisamente generosos con quienes él llamaba “señores de la guerra”. La dicción educada y casi juvenil de su entrevistado había quebrado la última defensa. Aquel ser no se parecía en absoluto al manojito de huesos, lleno de manías y achaques, que había pergeñado su imaginación mientras se trasladaba de mala gana hasta la vivienda. La muchacha reapareció.

-El té está servido, abuelo. Lo dejé en el estudio, como querías.

-Gracias, nena. ¿Vendrás mañana?

La chica le dio un beso en la mejilla.

-No, abuelo -dijo, sonriente y lanzando alguna mirada furtiva a Teruel-. Mañana viene Julia. Yo regreso pasado. Mamá pasará el viernes contigo.

-Olvidé el orden otra vez. Bueno, no importa. El hecho es que los ángeles no desamparan a este viejo viudo -y dirigiéndose a Teruel, agregó-: me cuidan como a un bebé. No se puede pedir más. Aunque tengo a un ayudante que está conmigo siempre, no hay nada como las mujeres guapas para alegrarnos.

Medio ruborizada, la chiquilla besó otra vez al anciano y se despidió del visitante.

-Pasemos a mi estudio. Ahí estaremos más cómodos.

-Gracias, coronel. Pido disculpas por el retraso del fotógrafo. Está cumpliendo una comisión en Palacio. Llegará en cualquier momento.

-¿Fotógrafo? -el viejo coronel adoptó un gesto vacilante, como si aquello, en principio, lo incomodara-. Es cierto... No tengo apuro: esperaremos. Mientras tanto, conversemos con tranquilidad.

Una vez instalados en la estancia, ocupada casi en su totalidad por un imponente escritorio de líneas antiquísimas, Teruel extrajo una pequeña libreta. El anciano militar se entretuvo unos minutos con la parsimoniosa degustación del té. Hizo algunos comentarios sobre su calidad, que Teruel también apreció y al que hizo los honores del

caso. Un sobrino nieto se lo enviaba desde Inglaterra, país donde residía por cuestiones de estudio.

El periodista, resignado a cumplir con el encargo de los jefes, se dispuso a formular la primera pregunta. Nunca preparaba un guión específico. Le gustaba improvisar. Aquello le reportaba excelentes resultados. Abrió la boca para enunciar ciertas ideas generales, pero el coronel lo interrumpió.

-Antes de comenzar, me gustaría aclararle algo importante. Creo que le debo una explicación. En realidad, la entrevista no me interesa tanto como otros temas, con los que usted está involucrado sin saberlo.

En ese instante, Teruel olfateó que el asunto comenzaba a salir de su cauce. Pero reaccionó con la naturalidad y soltura de un cronista fogueado. Ya había percibido que no se trataba de un viejo maniático que solo ansiaba matar el aburrimiento a costa de sus influencias o encumbradas amistades.

-Disculpe, coronel -lanzó el señuelo-. No entiendo. Pensé que deseaba compartir con los lectores del diario sus recuerdos de la guerra...de Arica. Se cumplirá medio siglo de la batalla . Me parece que ya casi no hay sobrevivientes, al menos en Lima.

-Eso es cierto, amigo Teruel -replicó el militar-. Pero la verdad es que he decidido hablar sobre algo que jamás se supo oficialmente ni fue difundido. No encontrará referencias en ningún libro de historia sobre ese episodio. Después comprenderá el porqué de mi proceder. Cumplí con un juramento que me hice a mí mismo hace cincuenta años. Usted tiene la libertad absoluta para actuar del modo que mejor le plazca. Soy el sobreviviente de un pequeño grupo, al que se le encomendó una misión muy extraña. No se preocupe: de todas maneras obtendrá mi testimonio sobre aquel 7 de junio. Estuve ahí, no lo dude, aunque eso no diferirá de lo que suelen pregonar los patriotas de salón. Es decir, los hechos son los mismos. Nosotros defendemos; ellos, atacan. Somos 1600; ellos, 6000 o algo así. Manejamos diecisiete tipos de fusil –un manicomio a la hora de buscar municiones de recambio- y ellos, solo uno. Es tan sencillo plantearlo de esa manera. Las matemáticas no mienten. Y toda esa monserga de atacantes y víctimas se repetirá junto a la estatua del viejo Bolognesi. Yo estaré ahí, aburriéndome hasta el hartazgo y pensando en lo bien que me caería un pescado a la parrilla en lo de Cordano.

Teruel quedó paralizado. El coronel había comenzado a despertar su simpatía. Sin embargo, no olvidó la circunstancias que motivaban su visita.

-Celebro nuestras coincidencias. Aunque también seré sincero: ¿cómo podría yo estar involucrado? No nos conocíamos antes de este encuentro. Y tanto usted como yo sabemos que no soy un modelo de patriotismo a ultranza.

El veterano guardó silencio. Bebió un sorbo de su té inglés sin mostrar la mínima agitación.

-Mire, joven. La experiencia me dice que no debemos actuar solo por lo aparente.

-Lo escucho, coronel Rodríguez.

Diario del subteniente Rodríguez. Sitio de Arica. 3 de junio de 1880 (extracto).

(...) 8.00 p.m No hubo variaciones dignas de comentario en mis tareas cotidianas respecto a las semanas previas. El capitán Alzamora me encomendó, una vez más, la revisión metódica de algunos emplazamientos defensivos. Se considera que el ataque final del enemigo es inminente, aunque corren rumores de que habrá una negociación, una salida sin derramamiento de sangre. También se habla del arribo de un gran

contingente desde Arequipa. Trabajé todo el día con personal de reserva enrolado hace escasas semanas, sin mucha experiencia. Proceden de las más diversas ocupaciones (comerciantes, estudiantes, abogados, ingenieros, obreros, jornaleros). La mayoría es natural de Arica, aunque también hay tacneños y moqueguanos. Resulta extraño tener bajo mis órdenes a varios hombres mayores que yo, un oficial de veinticinco años. Sin embargo, todos han encarado el asunto de mi edad con la debida disciplina y naturalidad. Reconozco que la moral de los hombres no es la adecuada. Escasean las raciones; los uniformes no abrigan durante las frías noches del desierto y los bombardeos ocasionales nos tienen en jaque. Tenemos tanto trabajo que apenas queda tiempo para asearnos, descansar unas horas y volver a las obligaciones. A pesar de los trajines, no negaré que, de cuando en cuando, experimento una opresión en el pecho: asciende hasta mi garganta y forma un nudo ciego. Esa, dicen los veteranos, es la encarnación del miedo. De profesar convicciones religiosas más firmes, creo que lo sobrellevaría con mayor disposición de ánimo. Pero estoy demasiado impregnado de escepticismo. Todavía recuerdo esas discusiones con mi querido tío, monseñor Llorente. A decir verdad, nunca pensé que iba a extrañar tanto esas sobremesas, bajo la ramada del huerto, en su casa de la Magdalena. Aunque el tío y yo estábamos de acuerdo sobre absolutamente nada -excepto las bondades del vino de misa-, pienso que él también disfrutaba mucho de esos almuerzos de los viernes. Cuando termine la guerra -no sé cuándo ocurrirá eso-, reanudaré las visitas (...).

-De lo que me ha relatado hasta ahora, coronel, concluyo que su misión especial suponía ir al desierto, a las afueras de Arica, antes de que las tropas enemigas irrumpiesen en la plaza -Teruel parecía reflexionar en voz alta, muy pensativo-. ¿Ud. no imaginó nada extraño en ese instante? ¿No le pareció que distraer hombres en un momento tan crítico era arriesgado, desde el punto de vista táctico? Podrían haber sido fácil presa del enemigo.

-Así lo supuse, amigo Teruel, pero yo era un oficial joven, incapaz de cuestionar una orden superior. Fue el propio capitán Alzamora quien me llamó la mañana del 4 de junio a su despacho. Lo recuerdo agotado. No había tenido tiempo para lavarse o arreglarse la barba. Supongo que la noche previa no había dormido, supervisando los puestos defensivos ubicados en la ciudad, en el Morro y en las inmediaciones.

-Al principio, ¿qué imagino usted, coronel? Porque alguna idea tendría al respecto. No se puede marchar al desierto así como así a las puertas de una acción importante sin formular interrogantes.

-Por supuesto que me había hecho algunas preguntas, aunque en circunstancias tan particulares, era normal que las postergara. Además, a esas alturas no estábamos seguros de que habría un combate franco. Nos lanzaban proyectiles desde los barcos para ablandarnos....

-La obediencia debida...-Teruel no quiso ser irónico al hacer este comentario, pero sus palabras provocaron una reacción firme en el coronel.

-Sí, señor. Obediencia debida. Nada malo hay en ello. En una guerra, la anarquía es fatal. Alguien debe tomar las decisiones importantes y otros, ejecutarlas. De lo contrario, el caos nos devoraría...daríamos ventajas.

-Estoy de acuerdo, coronel.

Diario del subteniente Rodríguez. Sitio de Arica. 4 de junio de 1880 (extracto).

(...) 21.30 p.m. Por segunda vez en este día, he acudido al despacho del capitán Alzamora. Eso ha ocurrido bordeando las nueve de la noche. Habíamos convenido que pasaría a esa hora para recoger el envoltorio y ajustar los últimos detalles de la misión. Me acompañarán el cabo Velarde y los soldados Ruiz, Montes y Laurencio. El capitán ha insistido en que nuestra tarea debe quedar en riguroso secreto. Por razones que él mismo está impedido de explicar, no quedará testimonio escrito, partes u otros documentos que den fe de esta salida. Al personal que me secunde se le dirá que es una exploración de rutina. Será como si esta operación jamás se hubiese realizado. Valoro el grado de confianza que Alzamora ha depositado en mí, así como los peligros a que nos exponremos, no tanto por la proximidad del enemigo, sino por las dificultades del terreno. Resultaría inconveniente mostrar excesiva curiosidad sobre el contenido del paquete -por cuya forma rectangular y peso deduzco que es un libro o algo así-, del cual no puedo hablarle a los hombres, o acerca de las razones para semejante alarde de hermetismo. Lo llevaré oculto en una mochila. Espero que den las 22.30 p.m para reunirme con la patrulla en la maestranza y salir de la ciudad. Debemos hacerlo con extremo sigilo, a través de calles secundarias. Es obvio que no podemos encender luces en el perímetro, a causa de las últimas disposiciones del Estado Mayor: ninguna fuente lumínica por las noches. Se aceptan lamparines en la intensidad mínima, para cuestiones indispensables o domésticas. Nos han proporcionado un santo y seña diferente, tanto para la salida como para la entrada. Solo yo lo conozco. Mentiría si afirmara que no estoy intrigado ¿Por qué enterrar ese envoltorio lo más lejos posible, dada la situación? Según mis órdenes, tendré que reportarme con Alzamora en el mismo despacho del Estado Mayor, en cuanto retorne(...)

-¿No lo invadió la curiosidad, coronel? Me refiero al contenido del paquete. Indudablemente, el Estado Mayor, a través de Alzamora, quería deshacerse de algo o tenerlo a buen recaudo por un tiempo. ¿A lo mejor documentos oficiales que comprometían la seguridad del país? Ante la inminencia de un ataque devastador, de resultados casi previsibles, se justificaría semejante alarde de reserva.

-No me equivoqué con usted, amigo Teruel -el viejo militar parecía complacido ante las deducciones del periodista-. Es tan perspicaz como me había comentado Arturo. Habría sido de los buenos en esos tiempos. Le aseguro que no existía voluntad de protegerlos hasta que pasara el peligro...al contrario. La orden fue terminante: enterrar. Nunca me solicitaron que anotara las coordenadas o alguna referencia, lo cual tampoco significaba mucho. En el desierto, la geografía se transforma con asombrosa facilidad. Aunque no llueve, el factor del viento es algo con que a veces no se cuenta. Por parte de mi capitán Alzamora, no hubo prohibición expresa de examinar su contenido. Y en cuanto a la curiosidad, estaba tan concentrado en cumplir mi misión que eso no pasó por mi cabeza. Pero estaba algo inquieto, es indudable.

-Pienso que habría sido superflua una prohibición de esa naturaleza. Confiaban en usted y en su capacidad para resolver el asunto con la mayor discreción.

-Después de tantos años, aún me conmueve pensar que mi capitán me haya colocado en ese sitio de confianza plena. Sin embargo, después conocí la verdadera razón por la que fui elegido.... Espero no haber defraudado su memoria -la voz del viejo pareció quebrarse momentáneamente-. Fue de los primeros en caer el día 7.

Sobrevino un silencio expectante. Con solo mirarlo, Teruel supo que sostenía una tremenda lucha interna por conservar el control de sus emociones. Él quiso evitarle el trance, llevando la conversación hacia otros derroteros. La llegada de Quispe, el fotógrafo, fue más que oportuna. El ayudante del coronel -un muchacho trigueño

vestido con una pulcra chaqueta blanca- anunció al reportero gráfico, quien saludó con una profunda venia.

-Justo a tiempo. Me preocupaba tu retraso -dijo Teruel, aliviado. El veterano, complacido, pareció olvidarse del cronista. Fijó su atención en Quispe y sugirió algunas poses e, incluso, lugares de la casa adecuados para las tomas. Le interesaba el oficio. De pronto enmudeció, como si se hubiese percatado de que cometía una falta grave.

-Discúlpeme, señor -se dirigió a Quispe con extrema delicadeza-. Usted sabe hacer su trabajo y debe decidir qué es lo que corresponde en este caso. Sobre todo hoy...

El fotógrafo sonrió.

-No se preocupe, coronel. Me agrada que los entrevistados colaboren. Eso facilita el trabajo. Sigán conversando. Yo observaré y, si no le molesta, le haré una prueba. Más tarde, lo retrataré junto a sus libros -y a Teruel-. ¿Alguna sugerencia, Pablito?

-Decide tú, Juan. Lúcete, como siempre.

El veterano reasumió sus calidades de anfitrión.

-Me excuso, amigo Teruel. Siempre me llamaron la atención las cámaras. Han cambiado mucho desde las primeras que vi fuera de un estudio fotográfico, hace ya tanto tiempo...ocurrió justo en Arica...un hombre tomaba fotografías del campo, después de la batalla.....

-Entiendo, coronel. Si no le molesta, volvamos al envoltorio. He pensado mucho en el detalle mientras usted hablaba con Juan. Es raro que le hayan ordenado enterrarlo, no destruirlo. Me parece que entre ambos hechos subsisten diferencias esenciales. Enterrar supone, de algún modo, dejar abierta la posibilidad de que alguien los encuentre algún día, quien sabe a muy largo plazo. Destruir, por el contrario, implica borrar toda huella comprometedora: evitar la publicidad.

El veterano clavó su mirada añosa en Teruel.

-Le reitero mi satisfacción por ser usted y no otro el que se encargue de nuestro asunto.

Teruel se sintió halagado.

-Es solo algo de sentido común y lógica, coronel.

-Bueno...tiene razón...pero la mayoría no sabe usarlos.

El súbito destello del magnesio aturdió un tanto al anciano. Sin embargo, no perdió el hilo de la conversación.

-Coronel -dijo Teruel-. ¿Qué había realmente en ese atado?

Diario del subteniente Rodríguez. Sitio de Arica. 5 de junio de 1880 (extracto).

(...) 3.00 a.m. Estoy aturdido por los sucesos de esta noche. Volvimos del desierto a las dos. Me reporté con el capitán Alzamora en cuanto me separé de los hombres en el patio de maniobras. Él me condujo de inmediato al despacho del Estado Mayor. No fue necesario exigirles absoluto silencio sobre lo que sucedió después de que yo rodara por una pendiente de arena, más o menos unos cinco metros... El envoltorio salió como un proyectil de mi mochila -que por el apuro no ajusté adecuadamente-, y se abrió como una flor, dejando escapar su contenido. Salí ileso: ni siquiera sufrí un rasguño o una torcedura. No tuvimos otro remedio que encender un lamparín de emergencia para recuperar con precisión aquello que el paquete protegía. Por supuesto que, antes de encender la linterna, aguardamos unos minutos con el corazón en la boca. Pese a la oscuridad reinante, era posible distinguir los contornos del paisaje. En espacios tan abiertos, no existen tinieblas absolutas. Y es ahí, en esa penumbra, que la imaginación suele jugarle muy malas pasadas al explorador nocturno.

Temía, con mis gritos de pánico, haber atraído a alguna patrulla enemiga. Hasta creímos escuchar un ruido de pisadas, pero un chillido, emitido por algún animalejo tan asustado como nosotros -y que se alejó de nuestra posición con rapidez asombrosa-, nos permitió corroborar que no había intrusos en las inmediaciones. El lamparín no alumbraba más que una vela, pero fue suficiente para localizar los objetos, esparcidos en un radio de diez metros. No me había equivocado; era un libro de unas trescientas páginas titulado *Los días secretos de Arica* -cuyo autor es, si mal no recuerdo, un tal Jorge Basadre, que no llama mi atención, pues me resulta desconocido-. Además, rescatamos lo que parecía el ejemplar de un periódico o gaceta, cuyas hojas eran de un formato inusual, mayor que el de los diarios que se publican en Lima o en otras ciudades del país. Reuní dos o tres folios sueltos, mientras mis hombres corrían de aquí para allá, evitando que el viento arrastrara el resto de las páginas hacia algún punto al que no lográramos acceder. Al principio, me dediqué a la tarea de supervisar los trajines de Ruiz, Montes y Laurencio. Cuando llegó el momento de reunir todo en un solo atado, no pude evitar la tentación de echarle una furtiva mirada al libro que tantas incomodidades nos había causado... Con la ayuda del lamparín, mientras los hombres vigilaban las inmediaciones, pasé de la mirada incidental al abatimiento. La suerte de Arica estaba echada. Será una masacre. No habrá rendición ni contingente de refuerzo. Gracias a un listado de hechos, ordenados en secuencia cronológica, he conocido el destino de todos mis superiores. Muy pocos sobrevivirán a la batalla que se efectuará pasado mañana, 7 de junio de 1880. Lo que he tenido entre mis manos es un libro cuya fecha de publicación es el lejano 1945, en el próximo siglo. La vista no me ha engañado. Al final del libro, aparecía un interminable listado: los muertos de la batalla, desde los oficiales del Estado Mayor hasta los humildes soldados rasos. Busqué, bañado de sudor, mi propio nombre. Yo no figuraba en ese sortilegio; tampoco los hombres que me acompañaron esta noche al desierto.

-Ud. creyó, al principio, que el Estado Mayor había interceptado ese material.

-Sí, amigo Teruel. Estaba seguro de que era una treta, un engaño del enemigo, destinado a bajarnos la moral y propiciar la rendición.

-¿Qué le hizo dudar?

-El periódico. La fecha era anterior a la del libro. Eso, creo, es imposible de simular con tanta verosimilitud. Ahora bien, el transcurso de los años me llevó a conocer a muchos historiadores, sobre todo a los jóvenes. Hace poco traté a uno de ellos...a Basadre.

-¿El autor del libro?...Creo saber de quién se trata. Colabora a menudo con el diario. Pero es imposible que estemos refiriéndonos a la misma persona.

-Es él, no lo dude. Conversamos después de una conferencia. Suelo ir a algunas charlas...las que me interesan. Es un muchacho inteligente: un erudito. Yo admiro mucho a los intelectuales.

- Y la guerra le es cercana. Vivió el cautiverio de niño, en Tacna.

-Me contó algo acerca de esos días.

-¿Y Ud. no le dijo nada respecto a su hallazgo?

-Claro que no. Comprenda mi situación. Me hubiera tomado por un viejo loco.

-No lo creo. Pero hubiera sido arriesgado...Solo quiero ser objetivo, coronel. Su historia es, en realidad, extraordinaria, en el sentido literal de la palabra. Es más: no estoy seguro de publicarla en estos términos. Dependo de un jefe, y este responde ante superiores...como en un ejército.

-Bueno, ya le dije que tendrá mi versión de los hechos, las historias de heroísmo espartano que todos quieren leer. Escúcheme. Yo me he interrogado durante medio siglo si en verdad existen sucesos que deban ser calificados de ese modo. Creo que toda nuestra existencia no es más que una sucesión de acontecimientos extraordinarios, solo que insistimos, con terquedad, en llamar a esto “a”, lo normal, y a aquello, “b”, lo extraño.

-De todos modos, ya no cuenta con las pruebas físicas. Las enterró en el desierto.

-Otra vez se deja llevar por las apariencias...

-No lo comprendo...con todo respeto, coronel.

-Tranquilo. Después volveremos a ese punto. El entusiasmo nos aparta de la historia. Me gustaría hablarle, en un instante, del periódico que encontré junto al libro.

-¿El que le dio la clave de todo?

-Así es.

Diario del subteniente Rodríguez. Sitio de Arica. 5 de junio de 1880 (extracto).

3.00 a.m. Debido a la emoción del descubrimiento, apenas he escrito sobre mi informe al Estado Mayor. Era la primera vez que ingresaba al despacho. Antes, solo había hecho antesala, a la espera de que el secretario regresara con documentos u otras comunicaciones de rutina, firmados por el mismo Comandante de la plaza. Cuando entré al despacho, todos los presentes guardaron silencio expectante. Me cuadré y saludé. Los oficiales estaban sentados junto al coronel Bolognesi, formando dos grupos simétricos, tanto a la izquierda como a la derecha. Mi capitán Alzamora, quien parecía muy sereno, les informó que yo había ejecutado las órdenes al pie de la letra. Bolognesi me miró con franca simpatía. Parecía haber reconocido al joven oficial que, en los días previos, lo ayudara a sortear algunos obstáculos en las líneas de defensa, durante una inspección. Con voz serena pero que denotaba cansancio, el coronel preguntó por el envoltorio. Le respondí que había sido puesto a buen recaudo, a unos ocho kilómetros de la ciudad, como indicaban sus órdenes. Yo estaba muy nervioso y temía delatar, con esa actitud, mi involuntaria transgresión de las reglas; pero el coronel debió de suponer que tal agitación nacía de lo arduo de aquella jornada. Me felicitó calurosamente, en nombre propio y de todos los oficiales. Acto seguido, indagó acerca de mi abuelo paterno, a quien había frecuentado en su juventud. Antes de ordenar que me retirara a descansar, el viejo coronel solicitó mi opinión acerca del encargo. La pregunta me sorprendió. ¿Un superior solicitando opiniones a un subordinado? Miré de soslayo a mi capitán Alzamora, quien efectuó un ligerísimo gesto con los hombros. Él no sabía nada de lo que ocultaba aquel atado. Ante la consulta del Comandante, solo había dado fe de que yo era el indicado para esa misión. No quise correr riesgos innecesarios. Cualquier palabra de más o comentario descuidado revelaría al Estado Mayor que yo estaba al tanto. Contesté que no era yo quien debía comentar una orden de mis superiores y que si me habían enviado al desierto, en misión nocturna, era por el bien de nuestra causa. Creo que la respuesta dejó satisfecho al coronel. Solo cuando di media vuelta y salí del despacho, sentí que las piernas no podían sostenerme. Caminé, tambaleante, por las calles en tinieblas, hasta llegar al cuartel; casi no respondí al santo y seña en la maestranza.

-¿Cómo reaccionaron el cabo y los soldados, coronel?

-Los pobres muchachos estaban tan asustados que ni se dieron cuenta. Solo querían terminar ese encargo y regresar a Arica cuanto antes.

-Pero debe haberles extrañado esa preocupación suya por el secreto... la reserva...Además, con probabilidad lo observaron mientras examinaba aquello con el lamparín.

-Nunca se enteraron. Para ellos, yo solo verificaba que nada hubiese sufrido daños con la caída... les dije que el coronel quería proteger unos recuerdos de familia si, por casualidad, el enemigo tomaba la plaza.

-Y usted ya sabía que eso ocurriría, de modo inexorable. También Bolognesi.

-Así es. Y que nosotros sobreviviríamos. Sospecho que nos habían seleccionado por ese detalle. Los oficiales, con seguridad, habían examinado el libro y el periódico. Sabían que pese a la proximidad del enemigo, nosotros contábamos con una oportunidad.

-¿Ud. les hizo alguna alusión al respecto?

-Ninguna. Conmigo era suficiente.

-¿Por qué, coronel?

-Verá...eran chicos sencillos, del pueblo...sin demasiadas luces. Gente buena y asustada. No hubieran comprendido. Es más: pienso que ni siquiera el Estado Mayor supo cómo habían llegado esos documentos hasta el cuartel general, vinieran de donde vinieran. Una voz interior me dictaba que los sucesos tenían que desarrollarse como estaba escrito en el libro. Nada ni nadie cambiarían la historia. El cerco se cerraba sobre nosotros. Tomé la única decisión posible: fingir que no sabía, que todos ignorábamos cuál sería la terrible suerte de Arica. La carga más pesada la llevaría yo: aparte del Estado Mayor, sería el único soldado de esa guerra enterado del desenlace.

-Entiendo. Pero aún no me ha dado detalles del periódico.

-Eso, mi joven amigo, lo sabrá dentro de poco.

Diario del subteniente Rodríguez. Arica, 7 de junio de 1880. (Extracto)

4 p.m Vagué como alma en pena antes de caer prisionero. La plaza fue, al fin, conquistada por el enemigo. No sé cuántos han sobrevivido; los muertos se cuentan por cientos. Es el horror. Han caído casi todos mis camaradas. Por ahora, mi única posesión importante es este registro. El oficial chileno que nos custodia, un muchacho de buenos modales, posiblemente de mi edad, me permitió conservarlo. Le dio apenas una mirada burocrática. Sabe que un diario solo es de interés para quien lo escribe. Ha exigido a su patrulla que se nos brinde un trato respetuoso, acorde a nuestra jerarquía de oficiales. Espero que logre controlar a su gente. Los vencedores suelen ser muy crueles con los vencidos. Es una verdad histórica. Redacto estas líneas mientras nos vigilan, imperturbables, con los fusiles y las bayonetas en ristre. No sabemos adónde seremos trasladados. Alguien murmura que planean ejecutarnos sin dilación, pues constituimos un estorbo, una carga, y muchos de nosotros hemos matado en combate a decenas de los suyos. Otros sostienen lo contrario: nos necesitan vivos para negociar o averiguar datos valiosos sobre la campaña. Yo estoy tranquilo. No nos ultimarán; seremos recluidos en un campo de prisioneros. Estoy tan seguro de eso como de que me llamo Gerardo Rodríguez. A pocos metros, un hombre manipula una especie de caja, sobre la cual se inclina, cubriéndose con un paño oscuro. Reconozco el objeto: es una cámara fotográfica. Es la primera vez que veo una fuera de un estudio. Su morbosos interés se concentra en un grupo de cadáveres. Han transcurrido casi dos horas y el sujeto permanece atento a los cuerpos, dispuestos en dos ordenadas filas. Los uniformes delatan la nacionalidad de cada grupo. Oficiales y personal de línea, de ambos bandos, se confunden ahora. La muerte elimina las diferencias. Abajo, cerca de la base del

promontorio y en dirección a la playa, yacen más cadáveres. Pero yo no me distraigo, como el resto de mis colegas en cautiverio, con el ir y venir de las olas sobre el litoral. Mis pensamientos se desplazan ahora en dirección contraria, hacia el desierto. Cierro los ojos.

-Disculpa, Pablo -dijo Quispe, aprovechando una breve pausa en el diálogo-. Si me permites y al coronel no le molesta, quisiera retratarlo con algo de luz natural. Pronto se hará de noche y quisiera llevar las placas a la oficina. Sabes lo fastidioso que es el jefe.

Dio su visto bueno. El coronel no puso ninguna objeción; por el contrario, a Teruel le pareció que su entusiasmo por ser fotografiado era pueril. Pero se había situado en la ubicación más adecuada -cerca de una ventana- sin necesidad de que Quispe se lo indicara. "Los viejos son así", pensó el periodista, mientras agotaba el contenido de la taza.

-Ud. sí conoce el oficio, coronel -le oyó decir al reportero gráfico, entre las brumas de su propio pensamiento.

- ¡Qué ocurrencia!...Debo sentarme ahí y no me pregunte por qué, señor Quispe - la réplica casi festiva del veterano sirvió de telón a sus tumultuosas cavilaciones. Trataba de armar ese rompecabezas. Solo había dos caminos: el coronel desvariaba por la edad o mentía con notable descaro. Había coherencia y lucidez en su relato y, sin embargo, Teruel consideraba poco factible que la patrulla de Rodríguez no se diera de bruces con soldados enemigos cuando el puerto y la ciudad estaban rodeados, aparte, claro está, de su insistencia en aquel libro.

-Listo, Pablito. Pido disculpas por retirarme antes, coronel. Ha sido un honor conocerlo -se despidió Quispe-. Ojalá le guste el retrato.

El fotógrafo partió raudamente. El militar extrajo una caja de enormes cigarrillos de una gaveta y la ofreció, abierta, a su interlocutor, quien se abstuvo de aceptar.

El militar encendió el puro.

-Amigo Teruel...¿No le preocupa que su fotografía haya oído toda la historia? Podría comentarlo a las personas menos indicadas.

-No se inquiete, coronel. En el periodismo también solemos guardar los secretos de profesión. Es una suerte de mística gremial. Quispe es una tumba. Goza de mi confianza absoluta. Además, suele abstraerse, ideando ángulos para sus retratos. Es el mejor de nuestros gráficos.

-Bueno, me alegra. Ahora que estamos solos, creo que ya llegó el momento de contarle el final. Leo escepticismo en sus ojos.

-No lo tome a mal...es parte de mi trabajo ser escéptico.

-La verdad suele aparecer llevando varios disfraces. Pero lo comprendo. En mis años mozos fui como usted, un descreído.

-Eso no debería ser motivo de oprobio.

-Claro que no. Volvamos al punto. Usted refuta, de algún modo, mi convicción acerca de que yo no sería fusilado por el enemigo.

-En realidad, coronel, el libro...si aceptamos su autenticidad...pudo proporcionarle solo una fracción de su destino. El no figurar en la lista de los muertos en combate no garantizaba su supervivencia inmediata. Estábamos en guerra.

-Lo sé, pero el periódico resolvió mi duda.

-¿Que tenía ese periódico de especial? Pudo ser, tranquilamente, otro embuste. Un bien planeado truco.

-Lo verá usted mismo. Por eso está aquí, no lo olvide. Acompañeme.

Ingresaron a otro ambiente, aledaño al estudio, a través de una puerta disimulada. Era, sin duda, una de esas habitaciones secretas destinadas a refugio de emergencia en tiempos de convulsión política. Teruel sabía que muchas viviendas antiguas de la ciudad poseían cuartos semejantes. La penumbra no le permitía moverse con absoluta libertad. Cierta humedad u olor a encierro penetró en sus fosas nasales, provocándole apremiantes deseos de estornudar.

-Coronel...¿dónde está?

-Calma, amigo Teruel. No se mueva. Quédese ahí un momento.

De pronto, la semioscuridad de la habitación se aclaró.

-*Fiat lux*, mi estimado. Tendrá que ayudarme a mover algunos trastos. La edad ya no me permite tantas acrobacias. Entro aquí muy de vez en cuando. En esencia, es un depósito, en el que guardo recuerdos de mi infancia. En fin, cosas de familia solo con valor sentimental., y mi viejo baúl de soldado. Creo que eso es lo único que a usted le interesa.

-No me dirá que en ese baúl guarda...

-Exacto.

-Pero eso es imposible.

-Por enésima vez, le sugiero que no se deje llevar por lo evidente.

-Según su historia, enterró el envoltorio en Arica.

-Sí. Pero sucede que memoricé las coordenadas. Además, cuidé que mis hombres cavaran cerca de algún punto de referencia...algo que el viento no modificara en años.

-Algo grande...sólido...quizá una roca....más bien, una peña.

-Bien, muy bien. Había una especie de meseta rocosa muy cerca de donde yo rodé. La recordaba porque su forma había llamado mi atención durante unos ejercicios tácticos varias semanas antes del asedio. Calculé que no estábamos demasiado lejos. Había que caminar hacia el noroeste. El resto, dedúzcalo usted.

-Primero lo ayudaré a sacar su baúl.

Después de unos minutos, encaramado sobre una tambaleante pila de objetos, Teruel encontró el objeto. Había decidido seguir con aquella farsa, por pura consideración al anciano.

-Lo tengo, coronel.

-Cuidado al bajar. No pesa casi nada; aun así, tome sus precauciones.

Teruel trastabilló un momento, pero logró conservar un precario equilibrio. El viejo militar le indicó que colocara el baúl sobre una pesada y ornamentada mesa.

-Debo de tenerla aquí. Espere, por favor.

El veterano extrajo un manajo de llaves. Teruel no soportaba más la curiosidad; sin embargo, aguardó con paciencia.

-Esta es.

De inmediato, el coronel accionó el mecanismo y abrió la tapa del arcón, que Teruel juzgó en buenas condiciones.

-Mire usted mismo, joven.

Teruel apartó unas telas, parecidas al terciopelo. Debajo de esa capa apareció un especie de cuaderno de tapas duras.

-Es mi diario, o al menos parte de él -dijo el militar, tendiendo sus manos hacia Teruel.

El periodista entregó el cuaderno a su dueño y siguió apartando las capas de tejido. Sus manos palparon, de improviso, lo que parecía ser un libro.

-Ahí lo tiene. *Los días secretos de Arica*, de Jorge Basadre, tal como se lo había dicho.

Teruel acercó el volumen a la lámpara. Un breve examen le permitió distinguir lugar y fecha de publicación: Lima, 1945.

-Es imposible...

-Créalo, lo tiene en sus manos.

-Coronel...estamos en 1930.

-Vaya...eso lo sé muy bien, joven.

-No quiero ofenderlo, coronel.... Me asegura que esto llegó a manos de Bolognesi y su Estado Mayor...hace medio siglo. Y que decidieron conservarlo para la posteridad.

-Así es. Ahora, no me pregunte cómo fue a parar a esos lares, porque no tengo la menor idea al respecto. Soy solo un viejo soldado. ¿Por qué no continúa revisando?

La respiración de Teruel se aceleró. Solo faltaba una pieza del acertijo. Envuelto en papel y resguardado por dos láminas de cartón, surgió el periódico tantas veces aludido por el coronel en su relato.

-¿No ha adivinado todavía? Sáquelo y acérquelo a la luz. Fíjese en la fecha, en la parte superior.

El periodista parpadeó varias veces antes de constatar ese dato.

-No puede ser...

-Es así, amigo Teruel. *7 de junio de 1930*, dentro de tres días, exactamente. Desde un punto de vista técnico, aún no ha sido publicado. Examine la página 3, por favor. Reconstruí la ruta nocturna unos quince años después de concluida la guerra. Me escabullí de las patrullas de ocupación fingiendo el estudio de rocas. El desierto los conservó, pero la humedad de Lima ha hecho estragos, como puede apreciarlo.

Pablo Teruel ya no estaba seguro de si debía proseguir aquella pesquisa. No había duda: era una edición del periódico para el que trabajaba, como cronista estrella, desde hacía tres años. El papel había adquirido esa consistencia propia de los folios desgastados por el paso del tiempo. La letras eran borrosas, casi ininteligibles. Un automatismo lo guió a desplegar el diario en la página indicada por el militar. La entrevista, que él aún no había transcrito, ocupaba toda la página. El retrato del militar, tomado hacía cuestión de minutos por Quispe -ni siquiera había llegado al departamento de revelado-, dominaba la zona central. El texto llevaba crédito: Pablo Teruel. ¿Pero era él quien había efectuado esa comisión? ¿El Pablo Teruel de ese periódico amarillento, mohoso, era quien ahora develaba un secreto oculto por cinco décadas?

-Hoy termina una espera larga. Hace medio siglo, supe que este encuentro ocurriría, que sería tan inevitable como la caída de Arica. Ahora comprenderá por qué tenía la certeza de que no moriría en esa guerra...ni en la Defensa de Lima ni en la Breña... que conmemoraría este aniversario.

Teruel no replicó de inmediato. Ya no había sustento para su hipótesis inicial.

-Bien, coronel. Me rindo. No tengo argumentos. Si no fue un truco del enemigo, si no se trató de una inteligente treta de espías, ¿por qué conducto llegaron a Arica este libro aún no publicado y este periódico aún no editado?

-Esas respuestas habrá de buscarlas usted, mi amigo. Le cuesta muchísimo aceptarlo, pero no lo tome tan en serio. Hace mucho que dejé las especulaciones a un lado.

-Entenderá que yo no puedo hacer estas revelaciones en el periódico...a menos, no de este modo. Mi editor pensará que...

-Nadie habló de eso, joven Teruel. Dele al público lo que el público quiere: pan y circo. Regresemos al estudio. Ahí daré gusto a su curiosidad. Hablaremos de mis recuerdos acerca de la batalla. Cuántos eran ellos y cuántos nosotros. Para aderezarlo, le relataré anécdotas de mi permanencia en un campo de prisioneros de guerra...de mi fuga

clandestina hacia Lima...aventuras para cebar el patriotismo....por mí, no hay problema. Solo le pido algo: sea usted el depositario de los documentos.

-¿Por qué yo?

-Muy sencillo. Está involucrado, es perspicaz, prudente, de aguda inteligencia, y yo soy un viejo que va para los ochenta. Prefiero que sea usted quien los conserve bajo cuatro llaves. Al fin y al cabo, el periódico pertenecerá al pasado dentro de tres días. Y en cuanto al libro...escóndalo hasta 1945. Después, haga con él lo que desee.

- Si usted me lo pide...

-Gracias. Dejemos esta tumba. Le invito otro té.

La entrevista había discurrido por los cauces normales, sin descuidar una que otra pregunta polémica -de esas que le encantaban a Barandiarán-, como aquella de por qué un anciano retirado, decrepito, que apenas podía caminar entre las posiciones defensivas, estuvo al mando aquel 7 de junio, o por qué ese mismo comandante no firmó la rendición de la plaza, evitando de ese modo la muerte inútil y absurda de tantos jóvenes. Por un acuerdo tácito, ambos habían optado por no volver a tocar el delicado asunto del hallazgo. Pablo Teruel se despidió del coronel a las nueve de la noche. Una delgadísima llovizna invernal cubría las aceras que reflejaban, como pequeños espejos empotrados en el pavimento, las luces de los tranvías. Miró su reloj; tendría que aguardar los cortos de Buster Keaton por algunos días, hasta la obligada reposición.

El coronel le había solicitado su dirección particular, a la cual remitiría el libro y el ejemplar del periódico. No albergaba intenciones de volver a su casa, ubicada cerca de la Plaza San Martín. Era muy temprano para recogerse. Sus pasos tomaron un rumbo indeterminado, errático. Quizás más tarde se acercaría al café donde se reunían sus camaradas, todos intelectuales anarquistas o socialistas, furiosamente anticlericales.

Por un momento, se imaginó a sí mismo escribiendo -mañana o pasado-, el trabajo encargado por los dueños del diario. Se felicitaba a sí mismo por no haber leído el texto completo en los folios que atesoraba el coronel Rodríguez. De ese modo, garantizaría su independencia, alejando de sí el peligro de alterar los hechos tal como habían ocurrido. Sería fascinante, tres días después, comparar los textos, en la intimidad de su hogar, para verificar que eran idénticos, que él estaba predestinado a redactar una entrevista leída, medio siglo atrás, por el coronel Rodríguez, bajo la mortecina luz de un lamparín en las horas previas a la catástrofe del 80. ¿Y si no devenían iguales, después de todo? ¿Si había ligeras u hondas diferencias entre una y otra? Eso lo estremeció: presentir la existencia de un Pablo Teruel "B" que ya había realizado esa entrevista en algún lugar...que un coronel Rodríguez "A", por causas desconocidas, había accedido, junto al Estado Mayor "A", a esas informaciones asombrosas. Un Basadre "B" había escrito un libro que el joven historiador, a quien conocía, jamás redactaría. ¿Era plausible aceptar que alguien, situado en el futuro -o en alguno de ellos- había lanzado esa botella al mar como advertencia o documento disuasivo, en un postrer intento por impedir la masacre y cambiar el curso de la historia? Sin embargo, lo que más lo maravilló y, al mismo tiempo, sobrecogió, fue entrever que en alguna región o regiones para siempre ajenas, la Batalla de Arica se había efectuado, se efectuaba y se efectuaría eternamente, sin variantes posibles en su resultado -¿o habría, en verdad, otros desenlaces, como la rendición incruenta o el triunfo de los defensores de la plaza?-, con esos hombres de los dos bandos, mil veces muertos, mil veces al borde de tan caprichosas combinaciones.